



Dos cartas de Antenor Orrego a José Carlos Mariátegui

Antenor Orrego

Cartas publicadas en El Tomo I de "José Carlos Mariátegui/correspondencia", Biblioteca Amauta, primera edición, Lima, 1984; Págs. 48 y 116-117.

Trujillo, 16 de Julio de 1924

*Señor José Carlos Mariátegui
Lima*

Mi buen amigo:

Apenas tengo tiempo de ponerle algunas palabras. He seguido con harta pena el proceso de su enfermedad y espero que se encuentre Ud. ya bien.

Le incluyo un cheque por veinticinco libras, cantidad con que los hermanos de Trujillo quieren ayudarlo en estos días dolorosos. Lamentamos que nuestra pobreza no nos permita hacerlo con mayor eficacia.

El portador de esta carta es nuestro amigo Manuel Vásquez, quien lleva los saludos de la hermandad trujillana. Dispense la brevedad de esta carta y reciba un cordial abrazo de su atto.

Antenor Orrego

Trujillo, 29 de diciembre de 1925

*Señor don
José Carlos Mariátegui
Lima*

Querido compañero:

De nuevo he pecado por mi negligencia epistolar incurable. Pero sé que Ud. ha de perdonármelo. He recibido su libro. Lo estoy leyendo con la atención, seriedad y afición intelectual que merece. Por fin, en el país, los escritores comienzan a salir de esa frivolidad despreocupada, de esa necia banalidad ególatra al uso; de ese antiesteticismo artístico que es incapaz de construir nada y que los convertía en vistosos escaparates literarios.

La labor me es simpática, precisamente, por su contenido ético, por su significación social y humana, por la valerosa seriedad con que se ha colocado Ud. en un país de "guignol" en el que

jamás se oye vibrar la noble pasión del hombre que se entrega a una fe. Tengo la seguridad que su obra se ha de proyectar se está proyectando ya- benéficamente en nuestro país en los núcleos más puros que no tienen compromiso con el pasado, es decir, con la mentira. Porque ésta es nuestra mayor tragedia nacional. El pasado nada nos ha dejado, nada que sea susceptible de asumir cierta positiva continuidad histórica. En los demás pueblos chocan pasiones contrapuestas, pero sinceras y fervorosas. En el nuestro sólo chocan intereses materiales, sólo hay fantasmas de todo; es la máxima mentira, la mentira absoluta y auténtica, porque todo está mixtificado y desvitalizado.

Claro está que no coincido con algunos de sus personales puntos de vista. Y es lógico porque nuestras pupilas no pueden tener una idéntica y absoluta acomodación visual para mirar las cosas; pero, siento que en lo fundamental, en lo que respecta al pensamiento contemporáneo y a la acción que precisa realizar en nuestro país, estamos colocados en una misma perspectiva mental e histórica. Mi sentido histórico y el suyo no parece sino que para llegar a su actual temperatura ética, se hubieran propuesto los mismos problemas y los hubieran resuelto con el mismo diapason moral e intelectual; ambos sentimos agudamente, con idéntica sensibilidad exasperada, nuestras responsabilidades históricas, sociales y éticas. Su libro es algo de lo más serio, trabajado y constructivo que se haya producido entre nosotros. Las nuevas generaciones han de agradecerse. Tengo el propósito de escribir en "El Norte" un artículo reposado, donde trataré de fijar con toda la penetración, lealtad y acuidad ideológica de que modestamente soy capaz, la posición suya dentro de las nuevas generaciones nacionales. Espero lograrlo en la medida que lo deseo.

Para la difusión de su libro en el norte de la república le ofrecemos las columnas de nuestro diario. Envíenme avisos, artículos y todo lo que se ha producido o se produzca alrededor de él. Ya sabe Ud. que "El Norte" está adscrito a determinada atmósfera moral y espiritual del país y para servirla en todos sus aspectos, es que ha sido fundado. Es un hogar nuestro, tanto mío como suyo y de los demás espíritus libres que trabajan por el advenimiento de una realidad renovada y humanamente más noble y justiciera.

Le agradezco la acogida de uno de mis libros en la editorial "Minerva". Habría querido enviarle el que considero más fundamental de los tres, "Helios", que es un ensayo para una filosofía o interpretación del pensamiento. Por desgracia, aunque está terminado ya, no estoy satisfecho aún con su trabazón o construcción interna. Estoy hartado temeroso de que mi autocrítica no sepa ubicarlo en su verdadera posición ideológica; de que mi amor propio o, simplemente, mi entusiasmo de creador le impriman una acentuación mental que rebase su estructura literal, su horizonte o realidad expresiva. Nunca he tenido más escrúpulos intelectuales que frente a este libro. Necesito, pues, reposarlo, tratar de proyectarme fuera de él antes de decidirme a imprimirlo.

Pero le ofrezco mandarle "Panoramas", que es la recopilación de algunos ensayos y artículos publicados, unos, e inéditos, otros. El libro alcanzará, a lo sumo unas 150 a 200 páginas de formato corriente. Si le parece bien avíseme para darle los últimos toques y remitírselo.

Su libro ha interesado aquí bastante por los pedidos que se nos hacen; pero necesita mayor propaganda. Mándenos artículos y avisos. Alcides le informará detalladamente.

Estoy deseoso de hacer un viaje a Lima y conocerle personalmente. Espero que pronto se realice.

Antenor Orrego

José Carlos Mariátegui el 16 en Lima

Antenor Orrego

Acaba de extinguirse una de las vidas más lúcidas y heroicas del Perú. Flama viva que ha ido consumiéndose paulatinamente durante diez años en el duro y fragoroso alumbramiento de la conciencia nacional. Vida entregada en plenitud al ejercicio de la inteligencia, al ejercicio del más ardiente apostolado humano.

La noticia ha hendido la bronca entraña de los Andes, donde él puso gran parte de su esperanza en un Perú nuevo. Esperanza utópica para los egoístas que anquilosados de vejez y de muerte no saben desplazar su fe hacia el futuro. Y este muerto INMORTAL vivirá cuando millones de vivos-muertos hayan desaparecido para siempre sin dejar traza de su espíritu y, lo que es peor, sin dejar traza de su amor hacia sus semejantes.

Ciudadano de América, era la lámpara luminosa de su país y gracias a su pensamiento, las últimas generaciones de juventudes en todos los países tornaban sus miradas hacia esta pobre tierra peruana, tan huérfana de grandes alumbramientos espirituales.

Para millares de cerebros –para los mejores cerebros del extranjero– el Perú era sólo Mariátegui. La mayor parte de sus compatriotas no sabían, no querían saber esto, pero lo van a saber ahora, cuando la noticia de su muerte corra como un estremecimiento letal de norte a sur de los Andes.

Como todos los grandes generosos de sus vidas muere en la pobreza. No sé si el agradecimiento de su país se haga alguna vez consciente y sepa amparar a los suyos, pagándole algo de lo que le debe con creces.

Aún vibran en mis oídos sus palabras ardidadas, magnéticas, que arrastraban en sus senos no sé qué poderosa sugestión de vida, cuando su cuerpo estaba más vencido por la muerte. La última vez hablamos unos cuantos minutos solamente, pero en sus ojos lucía una llama que parecía inextinguible y que parecía desafiar la oscura fatalidad de la materia.

Mariátegui estaba muriéndose desde hace algunos años y sólo el magnífico temple de su espíritu pudo impedir por algún tiempo la disgregación de su cuerpo físico, campo crucial de su fe generosa y de sus miserias fisiológicas.

No hemos sabido amar y seguir al hombre, pero espero que amemos y sigamos su obra...

Mayo de 1930